



CARI / CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Comentarios Estratégicos

Una nueva batalla en la guerra
entre Israel e Irán

Paulo Botta

Una nueva batalla en la guerra entre Israel e Irán

Paulo Botta

Comentarios Estratégicos

N.º 26

JUNIO 2025

ISSN 3008-9956

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva
responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el
pensamiento del CARI.

Corrección: María Fernanda Rey

Diseño: Trender

Maquetación: Mario Modugno

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales

Uruguay 1037, piso 1.º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina

Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742

Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Una nueva batalla en la guerra entre Israel e Irán

Paulo Botta*

A partir de las 3 de la mañana (hora local) del viernes 13 de junio, Israel ha lanzado varios ataques simultáneos sobre Irán hacia diversos objetivos: instalaciones nucleares, científicos involucrados en el programa nuclear, líderes de las estructuras de defensa y seguridad, sistemas de defensa antiaérea y capacidades misilísticas.

El primer ministro Benjamín Netanyahu, en un discurso efectuado poco después de los primeros ataques, señaló que se trataba de un ataque preventivo para evitar que Irán pudiera traspasar el umbral y convertirse en un Estado con capacidad nuclear, una amenaza a la existencia del Estado de Israel. Dos días antes, la Junta de Gobernadores de la Agencia Internacional de Energía Atómica había señalado que Irán no estaba cooperando con el régimen de inspección del organismo.

Irán respondió atacando con drones y misiles balísticos a Israel, la mayoría de los cuales no pudo sobrepasar los distintos sistemas de defensa antiaérea del país.

* Director del Comité de Medio Oriente del CARI. Licenciado en Relaciones Internacionales (Universidad Católica de Córdoba). Diploma de Estudios Avanzados y doctor por la Universidad Complutense de Madrid. Investigador de la Facultad Militar Conjunta de la Universidad de la Defensa Nacional. Investigador de la Sede de Investigación y Estudios Estratégicos Navales de la Armada Argentina. Director de la oficina argentina de TRENDS Research & Advisory (Emiratos Árabes Unidos). Correo de contacto: jprbotta@hotmail.com

En los siguientes días, Israel siguió atacando a los principales jefes de los Guardias Revolucionarios (Pasdaran) y las Fuerzas Armadas (Artesh) de Irán, atacando infraestructura crítica. Las respuestas iraníes han continuado, aunque con menos intensidad, lo cual podría deberse a la disminución sensible en sus capacidades ofensivas.

El Gobierno de los Estados Unidos, en los primeros momentos, negó cualquier tipo de participación en los ataques israelíes, aunque con el correr de los días el presidente Trump, a través de la red social X, llamó a una “rendición incondicional de Irán”. Al momento de escribir estas líneas, Estados Unidos no se ha involucrado directamente en el conflicto, aunque, tal como hemos señalado, su posición se ha ido acercando a la de Netanyahu y abandonando el énfasis en una salida negociada, como se había visto en las cinco rondas de negociación que se habían llevado a cabo con Irán a través de Omán.

Este nuevo capítulo del conflicto militar entre Israel e Irán tiene nuevos desarrollos en intensidad, aunque no son nuevos en esencia. Los ataques a líderes militares o científicos nucleares se habían dado en el pasado, lo mismo que los ataques a las instalaciones nucleares iraníes, como el uso del virus Stuxnet, que afectó las centrifugadoras de enriquecimiento de uranio.

Irán también atacó a Israel con drones y misiles en dos ocasiones el año pasado, en los meses de abril y octubre.

La diferencia esencial con el pasado es que, en la actualidad, Israel ha señalado abiertamente que desea, por una parte, eliminar cualquier posibilidad de que Irán avance con su plan nuclear y, por otra parte, favorecer abiertamente un cambio de régimen, llamando a los iraníes a poner fin a casi medio siglo de República Islámica.

En este contexto, podríamos considerar cuáles son las posibles tendencias que identificamos en lo que está sucediendo y lo que podría significar para el escenario regional.

El primer interrogante se refiere a la participación de Estados Unidos en el conflicto. Las relaciones entre Trump y Netanyahu, tan cercanas durante la primera presidencia del actual presidente norteamericano, fueron enfriándose a partir del mes de abril, cuando se iniciaron las primeras conversaciones para intentar llegar a un acuerdo con Irán. Estados Unidos señalaba que había que dar una oportunidad a la diplomacia, mientras que, públicamente, señalaba que no estaba a favor de un ataque militar israelí a Irán.

No deberíamos pensar que Estados Unidos trató de iniciar una negociación de mala fe o que la oposición a la opción militar israelí haya sido un engaño de cara a la opinión pública global. Posiblemente, luego de dos meses de negociaciones, haya quedado claro que Irán no iba a aceptar los puntos que eran esenciales para Washington y que, de manera paralela, iba a continuar avanzando en su programa nuclear y ganando tiempo. Eso podría haber quitado a Trump todo incentivo para negociar. De la misma manera, Israel llegó a igual conclusión y decidió actuar al llevar la situación ante un hecho consumado, quitando las opciones a Estados Unidos que, en el peor de los casos, no apoyaría a Israel, pero nunca apoyaría a Irán. Para Netanyahu, cualquier respuesta de Estados Unidos, en el peor de los casos, podría ser una pérdida a medias, pero nunca podría ser una ganancia completa para Irán.

Luego de una semana de operaciones militares, resulta claro que Israel necesita de apoyo militar norteamericano concreto, aviones y bombas, sin los cuales la destrucción de las instalaciones nucleares iraníes sería incompleta.

Este apoyo norteamericano, como cualquier otro involucramiento en esta guerra, es algo que divide a la administración republicana y sus bases de apoyo, mucho más tomando en cuenta que Trump realizó una buena parte de su campaña criticando el involucramiento de la administración Biden en conflictos, los intentos de otros presidentes de llevar adelante cambios de régimen y todo lo que ello significó en costos materiales y en prestigio para los Estados Unidos.

En un presidente tan transaccional como Trump, cualquier apoyo que dé a Israel no sería gratuito.

Asimismo, los objetivos israelíes parecen no ser tan fáciles de alcanzar: destruir completamente el programa nuclear iraní, desestabilizar al régimen y favorecer un cambio sustancial en él.

El abandono completo por parte de Irán de su programa nuclear requeriría medios militares que aseguren la destrucción completa y absoluta de sus instalaciones y de quienes podrían reconstruirlo o reiniciarlo. Esto sería algo complejo de por sí y podría dar lugar a un efecto contrario: que se incentive la salida de Irán del Tratado de No Proliferación o la voluntad completa de desarrollar una bomba nuclear.

Los ataques a los líderes militares iraníes, por otra parte, puede dar lugar a dos procesos. Por un lado, darle mucho más poder al sector militar más agresivo, sin ningún incentivo para negociar y afectando el equilibrio de poder frente al sector clerical (los *ayatollahs*). Por otro lado, está generando un cambio generacional. Quienes participaron de la guerra entre Irán e Irak (1980-1988) están dejando a miembros más jóvenes de los sectores medios y superiores de las instituciones militares. Esas nuevas generaciones tienen mucho menos de “retórica revolucionaria” de los primeros años de la República Islámica y mucho más de vocación por poder económico y político, ya que una buena parte de las carreras de estos militares se ha realizado mientras sus organizaciones militares acumulaban más poder doméstico.

Aquí también podríamos estar frente a un desarrollo no buscado: que quienes lleguen a los más altos niveles de decisión conviertan a la República Islámica en una República Pretoriana. Esa combinación de poder interno sin contrapesos y escasos incentivos para negociar podría ser una combinación más orientada a posiciones duras más que a soluciones diplomáticas.

Además, es innegable el descontento de la mayoría de la población iraní hacia su Gobierno y los valores teocráticos. Los escasos niveles de participación electoral

en los últimos años, las manifestaciones populares contra las restricciones, los problemas económicos (inflación, devaluación de la moneda, desempleo) derivados no solo de las sanciones, sino también de la corrupción y la mala administración son realidades que afectan a todos los iraníes.

Sin embargo, un cambio de régimen plantea más preguntas sin respuesta que seguridades en un país de 90 millones de habitantes. No apoyar al régimen de la República Islámica no es sinónimo de desear que accedan al poder figuras apoyadas desde el exterior. El elemento nacionalista en Irán es muy fuerte, y ese apoyo exterior podría resultar contraproducente. No resultan claras, al día de hoy, las figuras que puedan llevar adelante el fin de la República Islámica y el inicio de un sistema nuevo, que posiblemente pueda concretarse luego de un período de inestabilidad con impacto en toda la región.

En definitiva, el poder militar puede lograr ciertos objetivos, pero no por ello asegura la estabilidad a mediano plazo o incluso un mejor escenario para los intereses de quienes lo han utilizado.

La historia está llena de ejemplos donde el uso de la fuerza, sin la vocación por lograr acuerdos políticos, ha generado más problemas que soluciones. El orden regional de Medio Oriente requiere de esos acuerdos, de un espacio para la diplomacia, para que todas las partes involucradas vean reflejados sus intereses.

Irán se encuentra en una situación de gran debilidad, sin capacidad de disuasión, con nulos apoyos externos (ni siquiera sus *proxies*, en los que ha gastado tantos recursos por décadas) y con un Gobierno con escasa legitimidad. Pero ello no significa que sus capacidades sean nulas.

Tal vez, una de las paradojas más importantes de Medio Oriente es que un Irán poderoso no resulta del interés de ninguno de los actores, pero un Irán débil y fragmentado, tampoco.

La diplomacia tiene un papel esencial que cumplir, no como una forma de ganar tiempo, sino como el medio para solucionar los problemas de fondo.

